

# La búsqueda de (La prisionera) Albertine o la búsqueda del amor (de género) en Proust

Jair Villano

Escritor, crítico, docente universitario, *Un ejercicio del fracaso* (Ediciones El Silencio) es su más reciente libro, villanojair@gmail.com

## I

Lo primero: Proust es un genio. Su capacidad para decir, para expresar, para narrar es inexorable. *En busca del tiempo perdido* es una obra tan portentosa, que suscita todo tipo de lecturas, exégesis, análisis. Los siete libros tienen temáticas constantes: la formación del escritor, la sociedad francesa de los salones, el tiempo, el esnobismo, el voyeurismo, la música, los celos, el enamoramiento.

Lo segundo: desde que Marcel conoce a Albertine no vuelve a ser el mismo. El afecto que le tuvo a Gilberte, la hija de Swann, se esfuma por el encantamiento de esta chica. “La prisionera”, “Albertine desaparece” y, en menor medida, “El tiempo recobrado”, son tratados sobre la celotipia, el aniquilamiento y la inseguridad amorosa (en sus Ejercicios de admiración, el pesimista Emil Cioran confiesa haberlas leído en varias ocasiones). Proust le pone palabras a sentimientos que parecían inexpresables. Cumple a cabalidad lo que él consideraba que debía ser un autor: “El deber y la tarea de un escritor son los de un traductor”<sup>1</sup>.

Lo tercero: ¿Qué traduce Proust? A lo largo de los siete libros, el francés intenta aliviar los posibles disgustos que podría generar la lectura de sus confesiones:

Por una parte —y se trata de lo menos importante—, resulta que la aristocracia parece en este libro más acusada, proporcionalmente, de degeneración que las otras clases sociales. Aunque así fuera, no hay razón para el asombro.<sup>2</sup>

¿Por qué la urgencia de entrar en salvedades? ¿Por qué intenta desvincular sus personajes de la realidad?

Lo cuarto: Proust es realista. Proust es su protagonista. Proust es un romántico. Proust, y aquí viene la razón del ensayo, era homosexual. El biógrafo William C. Carter demostró que a lo largo de su vida estuvo enamorado de hombres —del pintor Lucien Daudet (hijo del escritor Alphonse Daudet), del conde Bertrand de Fénelon, de su cochero Alfred Agostinelli—; de hecho, en *El canon occidental* Harold Bloom asevera que el compositor Reynaldo Hahn y el chofer Agostinelli son el prototipo de Albertine<sup>3</sup>.

Surgen entonces varias preguntas: ¿Quién era *La prisionera*? ¿Por qué Proust temía revelar su homosexualismo y no dismantelar a otros personajes, como el barón de Charlus y el lesbianismo de su amada?

Más aún: ¿se modifica la lectura de la incertidumbre amorosa a sabiendas de que es la simulación de un hombre por una mujer (Marcel por Albertine), y no la de un masculino por otro semejante (Proust y Agostinelli)? ¿Cómo considerar las afirmaciones de Marcel respecto de las mujeres a sabiendas del artificio?

No sobra la anécdota: cuando leí por primera vez *En busca del tiempo perdido* no tenía la menor idea sobre la vida del escritor francés. Venía de una decepción amorosa y me sentí identificado en muchos pasajes con las descripciones de la obra; Proust decía lo que mi pena hacía inefable y ridículo. Marcel hace mirífica la poética del despecho.

Tamaño sorpresa me llevé al enterarme que Albertine es una invención. De ahí, pues, la idea del texto. Lo cual se refuerza cuando uno encuentra que a lo largo de los siete libros hay consideraciones de este tipo:

Por eso las mujeres un poco difíciles, a las que no poseemos en seguida, respecto de las cuales ni siquiera sabemos en seguida si podremos poseerlas jamás, son las únicas interesantes, pues conocerlas, acercarnos a ellas, conquistarlas, es hacer variar de forma, de magnitud, de relieve la imagen humana, es una lección de relativismo en la apreciación de un cuerpo, de una mujer, hermosa a la hora de volver a verla, cuando ha recuperado su esbeltez en el decorado de la vida.<sup>4</sup>

En una sociedad de enquistado acervo machista, ser hombre implica corresponder con una serie de comportamientos sociales. El antropólogo La Cecla lo entiende bien: “Los hombres, para demostrar que son machos, deben subrayar las diferencias con las mujeres”<sup>5</sup>.

¿Cómo subrayar esas diferencias? En el caso de Proust, ocultando su orientación sexual y describiendo el amor que le merecía otro hombre como si se tratara de una mujer:

La imagen que buscaba, con la que me reposaba, junto a la cual me habría gustado morir, ya no era la de Albertine con una vida desconocida, era una Albertine conocida al máximo por mí (y esa es la razón por la que aquel amor no podía ser duradero sin dejar de ser desdichado, pues, por definición, no satisfacía el deseo de misterio), era una Albertine que no reflejaba un mundo lejano, pero que no deseaba otra cosa —había instantes en que, en efecto, parecía ser así— que estar conmigo, semejante en todo a mí, una Albertine imagen de lo que era precisamente mío y no de lo desconocido.<sup>6</sup>

Me surgen los siguientes interrogantes: ¿es la pasión amorosa un sentimiento que separa a la mujer del hombre y al hombre de la mujer? ¿Existen diferencias entre el amor de una mujer hacia un hombre y el de un hombre hacia una mujer? ¿O en el de un hombre hacia otro hombre o una mujer hacia otra mujer? ¿Es necesario hacer la distinción?

Esto resulta más llamativo cuando se lee al Marcel que escribe en primera persona del plural, como si estuviera hablando en representación de lo que el género masculino siente por una femina:

Cuando se está enamorado de una mujer se proyecta sencillamente sobre ella un estado de nuestra alma; por consiguiente lo importante no es el valor de una mujer, sino la profundidad de dicho estado de ánimo; y las emociones que nos causa una

muchacha mediocre acaso no hagan salir a flor de nuestra conciencia partes de nosotros más íntimas y personales, más esenciales y remotas que el placer que se pueda sacar de la conversación de un hombre superior o hasta de la misma contemplación admirativa de sus obras.<sup>7</sup>

No sería descabellado suponer que su afán por escindir algunos aspectos realistas con la ficción de su obra, obedezcan a que antes de ser escritor era considerado un cronista mundano.

Sabemos que Marcel no es Proust, pero sabemos —por los rastreos biográficos que se han elaborado— que Proust es Marcel. El escritor difiere del narrador, sin duda. Un interrogante asalta al pensar en la necesidad de establecer esas diferencias: ¿por qué el francés no llamó al personaje de otra manera? ¿Por qué decidió designarle a su narrador el nombre suyo? ¿Por qué, si sabía que era una novela de carácter realista, decidió operar con dichas similitudes?

## II

Esto se hace más conflictivo si traemos a escena lo que Simone de Beauvoir sostiene en su libro *El segundo sexo*:

Al aparecer como lo Otro, la mujer aparece al mismo tiempo como una plenitud de ser por oposición a esta existencia cuya nada experimenta el hombre en sí mismo; al plantearse como objeto a los ojos del sujeto, lo Otro se plantea como en sí y, por consiguiente, como ser. En la mujer se encarna positivamente la carencia que el existente lleva en su corazón, y, tratando de encontrarse a través de ella, es como el hombre espera realizarse.<sup>8</sup>

No necesariamente lo Otro es una mujer. El amor obsesivo de Marcel por Albertine demuestra que para realizarse como hombre no necesitaba de otra. Quiero decir: sí, según la obra. Pero no: si recordamos que probablemente Albertine no existió.

El sentimiento amoroso trasciende el género. Lo que ocurre es que producto del machismo el hombre es tentado a ocultar sus sensaciones menos “masculinas”. Se espera, según el paradigma social, cierto comportamiento por parte de la mujer y cierto otro por parte del hombre. (La intimidad, desde luego, es distinta).

<sup>4</sup> Marcel Proust, *La parte de Guermantes*, trad. Carlos Manzano (Barcelona: Editorial Lumen, 2002), 373.

<sup>5</sup> Franco La Cecla, *Machos. Sin ánimo de ofender*, trad. F. Borrajo (Buenos Aires: Siglo XXI).

<sup>6</sup> Marcel Proust, *La prisionera*, 77.

<sup>7</sup> Marcel Proust, *A la sombra de las muchachas en flor.*, trad. Soledad Salinas de Marichal y Jorge Salinas (Madrid: Alianza editorial, 2011), 536.

<sup>8</sup> Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, trad. P. Palant (Buenos Aires: Siglo Veinte, 1972), 74.

<sup>1</sup> Marcel Proust, *El tiempo recobrado*, trad. Carlos Manzano (Barcelona: Editorial Lumen, 2009), 215.

<sup>2</sup> Marcel Proust, *La prisionera*, trad. Carlos Manzano (Barcelona: Editorial Lumen, 2005), 48.

<sup>3</sup> Harold Bloom, *El canon occidental* (Barcelona: Anagrama, 1995), 409.



En ese sentido, no solo se deviene mujer, que es la premisa de la filósofa francesa, también hombre. Ser lo uno o lo otro, nos dice La Cecla, “significa parecerse a los otros hombres y a las otras mujeres: parecerse física y fisonómicamente, esto es, culturalmente, adoptando los rasgos que nuestra propia cultura atribuye a las mujeres o a los hombres”<sup>9</sup>.

No es que esté en desacuerdo con los valiosos aportes de una mente vanguardista como la de la filósofa francesa, es que algunas de sus afirmaciones me suscitan ciertos reparos, como esta:

No es solo un placer subjetivo y efímero lo que el hombre busca en el acto sexual. Quiere conquistar, tomar, poseer; tener una mujer es vencerla; penetra en ella como la reja del arado en los surcos; la hace suya como hace suya la tierra que trabaja; labora, planta, siembra: estas imágenes son tan viejas como la escritura.<sup>10</sup>

Esa posesión no es inequívoca. No es unidireccional. No es taxativa. Es una cualidad del ser humano. Por lo tanto: de hombres y de mujeres. De hecho, Marcel se la pasa hablando de la posesión. Reflexionando sobre el amor de Swann por Odette, dice:

En el pasado soñábamos con poseer el corazón de una mujer de la que estábamos enamorados; más adelante, sentir que poseemos el corazón de una mujer puede bastar para enamorarnos de ella.<sup>11</sup>

Lo mismo pasa cuando habla del sentimiento de Sr. De Charlus por Morel:

(...) pues la posesión de lo que amamos es un gozo mayor aún que el amor. Con mucha frecuencia quienes ocultan a todos esa posesión lo hacen tan sólo por miedo a que les quiten el objeto querido y su felicidad resulta disminuida por esa prudencia que los obliga a callar.<sup>12</sup>

Fíjese que aquí es más claro que se trata de la posesión de un hombre por otro —Sr. de Charlus por Morel—, lo que deja aún más claro que el deseo de posesión es una cualidad que no discrimina género.

El ideal de belleza del que habla Simone de Beauvoir también es relativo si se tiene en cuenta que mujeres y hombres son proclives a esa ensoñación:

El ideal de la belleza femenina es variable; pero ciertas exigencias permanecen constantes; entre otras, y puesto que la mujer está destinada a ser poseída, es preciso que su cuerpo ofrezca las cualidades inertes y pasivas de un objeto.<sup>13</sup>

El hombre también es sometido a esa cosificación; los saunas y prostíbulos clandestinos de masculinos que en vida Proust visitó —y que describe en su obra— servirían de ejemplo. De modo que no solo el hombre crea a la mujer de su ideal, la mujer también elabora un prototipo de sujeto.

No es mi propósito especificar las características del idealismo: las expectativas pueden ser variadísimas y diferir de acuerdo con la condición social e intelectual de la persona.

A propósito de una digresión, la crítica que Martha Nussbaum<sup>14</sup> le hace a Judith Butler se torna interesante, pues en sus reparos a sus gestos paródicos y simbólicos (de su libro *El género en disputa*) recuerda que las condiciones del género femenino —y por extensión, masculino— difieren completamente de acuerdo con el escenario político, social, económico y cultural.

No hay un método científico que permita precisar cómo se conciben, desarrollan, mantienen y marchitan las pasiones amorosas en todas las esferas sociales. Y por eso hablar del hombre y de la mujer como si no existieran tipos de mujeres y de hombres es riesgoso: se soslayan características, comportamientos y actitudes que servirían para atenuar cierto tipo de aseveraciones.

Hay diferentes formas de devenir femenino y masculino. Inevitablemente, esas formas están impregnadas de los valores culturales en los cuales estos se relacionan, y más aún: se desarrollan, y se decantan como individuos sociales y personales.

### III

Dejado el paréntesis, he sido insistente al decir que es complejo determinar categóricamente las razones por las que Proust hablaba del enamoramiento de una mujer; su biógrafo más célebre, George D. Painter, sostiene que tuvo devaneos con ellas. Y en su diario, André Gide, quien rechazó

<sup>9</sup> La Cecla, *Machos. Sin ánimo de ofender*.

<sup>10</sup> Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, 82.

<sup>11</sup> Marcel Proust, *Por la parte de Swann*, trad. Carlos Manzano (Barcelona: Lumen, 2003), 210.

<sup>12</sup> Marcel Proust, *La prisionera*, 52.

<sup>13</sup> Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, 86.

<sup>14</sup> Martha Nussbaum, “The Professor of Parody”, *The New Republic* 220, Nueva York, 22 de febrero de 1999, 8.

el borrador de *Por el camino de Swann*, sostiene que solo amó a las mujeres espiritualmente, “no ha conocido el amor más que con los hombres”<sup>15</sup>.

Lo cierto es que al volver a los siete libros uno se encuentra con párrafos digresivos, soberbios, monumentales y profundos; acápite tan bien elaborados que logran persuadirnos de su pesimismo, su inseguridad y su amor por Albertine:

Instantes dulces, alegres, inocentes en apariencia y en los que, sin embargo, se acumula la posibilidad del desastre (...) Yo tenía la preocupación de quienes creen duradera su felicidad. Precisamente porque esa dulzura ha sido necesaria para engendrar el dolor —y volverá, por lo demás, a calmarla mediante intermitencias— pueden los hombres ser sinceros con el prójimo e incluso consigo mismos, cuando se vanaglorian de la bondad de una mujer para con ellos, aunque, mirándolo bien, por su relación circula constantemente —de forma secreta, inconfesada a los demás o revelada involuntariamente por preguntas, averiguaciones— una inquietud dolosa, pero esta no habría podido nacer sin el dolor previo; incluso después el dolor intermitente es necesario para volver soportable el sufrimiento y evitar las rupturas y la disimulación del infierno secreto que es la vida común con esa mujer.<sup>16</sup>

Una inquietud a resolver sería si, en un lector prejuicioso, la recepción de sus mensajes pudiera modificarse si de antemano supiera que Albertine es un otro. Y también si una lectora, despojada de las banderas feministas, se identifica con Marcel.

Son interrogantes que merecerían estudiarse. Y acaso incentivar más preguntas: ¿hay fronteras entre los sentimientos femeninos y masculinos? ¿Hay diferencias de género entre los sentires de los amadores? ¿Hay aromas, respiraciones, sensaciones, estremecimientos que desconoce el masculino del femenino, que desconoce el femenino del masculino? ¿Los hay a sabiendas de que un masculino se puede sentir representado en lo femenino y un masculino en lo femenino?

Bloom, en su ensayo sobre la celotipia proustiana, afirma: “Los tormentos de amor y celos trascienden el sexo y la orientación sexual, y se echaría a perder la mitología de la novela Sodoma y Gomorra si el narrador no pudiera distanciarse de los homosexuales y judíos por igual”<sup>17</sup>.

Es una posible respuesta. Sin embargo, no deja de ser curioso que la elección del escritor francés haya sido abordar la homosexualidad o bisexualidad de otros —Saint-Loup, Morel, Charlus, Legrandin, etc— y no la suya.

Nietzsche en *Más allá del bien y del mal* apunta un aspecto clave:

Detrás de toda lógica y de la aparente soberanía de sus movimientos, hay evaluaciones de valores o, para decirlo con mayor claridad, exigencias fisiológicas impuestas por la necesidad de mantener un determinado género de vida.<sup>18</sup>

Al ocultar su gusto por sus semejantes, se puede colegir que Proust buscaba reafirmar su género de vida, su estatus social, su hombría.

En sociedades donde hay mayor tolerancia, afirmar la orientación sexual no es una dificultad; pero en países de tradiciones discriminadoras implica exponerse a muchos riesgos: ¿cuántas personas se han privado de enseñar su verdadera orientación por temor a señalamientos familiares, sociales, laborales? ¿Cuántas se ven en la obligación de esconderse en una obra, de reproducir el relato hegemónico para evitar incomodidades?

#### IV

Inicié confesando que cuando leí por primera vez *En busca del tiempo perdido* no tenía el menor conocimiento sobre la vida de Proust. Ahora que regreso a los libros me doy cuenta de algo: que la brillantez literaria está por encima de la(s) pregunta(s). De las teorías y las exégesis que de sus tentáculos derivan. Que Proust nos hace interrogarnos por Albertine (y tantos otros personajes) no por su género, ni su sexualidad, ni su linaje, ni su extravagancia, sino por el hechizo de un autor que es capaz de la empresa más ardua en las letras: dar vida a personajes de ficción. Hacer de carne y hueso personalidades creadas con letras.

La devastación amorosa que siente Marcel por Albertine es posible en tanto lenguaje. El lenguaje hace fáctica la expresión. La expresión está en dirección hacia la literatura. La gran literatura es más trascendente que los ismos del presente: está destinada a perdurar en el tiempo y a generar heteróclitas e inconmensurables

interpretaciones. Albertine podría llevar cualquier otro nombre (femenino o masculino), y seguirá siendo el símbolo del sufrimiento amoroso del

siglo XX. Marcel Proust es el escritor del dolor. La desgracia amorosa que lo persigue es el pretexto de un escritor para hacer de sus obsesiones más enfermizas una obra de arte. ■



Roseberg Sandoval @rosebergsandovalg, Rose-rose (2001)  
Registro Geison Sandoval



<sup>15</sup> André Gide, *Diario 1911-1925*, (España: Debolsillo, 2021).

<sup>16</sup> Marcel Proust, *La prisionera*, 82.

<sup>17</sup> Harold Bloom, *El canon occidental*, 416.

<sup>18</sup> Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, trad. Carlos Vergara (Madrid: Gredos, 2010), 389.